

Que solo para veros ha venido
No ha mucho de las Indias orientales.

D. Juan palideció bajo el embozo
Y nada respondió: calló un momento
Tambien Look-out, y de camino un trozo
Hicieron sin chistar, y á paso lento.
Look-out cuando el silencio encontró largo
La plática anudar tomó á su cargo.

CAPITAN.—Creo que habeis tenido suficiente
Tiempo para buscar en la memoria
De mi nombre el recuerdo. Es evidente
Que conocido os es, pues de mi historia
Habeis hecho escribir sucesos varios
Para darlos á luz en los diarios.

Don Juan siguió callando,
Fuera porque memoria de él no hacia,
O porque responderle no queria.

CAPITAN.—¿No respondeis, Don Juan? Aunque *estrangero*
Conozco lo bastante vuestra lengua
Para citaros un refran: *quien calla*
Otorga.

D. JUAN. —No os conozco, caballero,
Ni os he visto jamás.

CAPITAN. —No quiero á mengua
Achacaros, juzgándola evasiva,
Vuestra seca y redonda negativa;
Porque no creo que seais cobarde.
Más una vez que es fuerza que reciba
Vuestra respuesta tal cual es, dejemos
Al capitán Look-out para mas tarde,
Pues no le conocéis, y recordemos
A otro, D. Juan, de quien hablar debemos.
Vos teníais un primo, y lo que es ese
Sí que os es conocido, mal que os pese.

D. JUAN.—¿De quién quereis hablarme?

CAPITAN. —De D. Cárlos:

Para vos de su parte encargos tengo:
Y como es buena la ocasion quisiera,
A su satisfaccion desempeñarlos,
Pues á eso solo de su parte vengo.

D. JUAN.—¡Vive!

CAPITAN. —Pero es igual que si viviera
Puesto que vivo yo. Conque sigamos
Hablando.

D. JUAN. —Usais un tono de ironía
Cuya oculta intencion, segun concibo,
Trae, capitan Look-out, por vida mia
Un cierto no sé qué provocativo.

CAPITAN.—Si os parece mi tono algo ofensivo
Perdonad: mas D. Cárlos me decia
Que le usábais con él en algun día.

D. Juan calló, porqué en aquel momento
Le ocurrió un espantoso pensamiento.
El capitan siguió con cortesía.

CAPITAN.—D. Cárlos era un mozo algo violento
Y el encargo que ostraigo de su parte
Es preciso, D. Juan, que ambos tengamos
Al recibirle y darle mucho tiento.

D. JUAN.—¿Y cual es?

CAPITAN. Dispensad que no me aparte
De sus propias palabras. No es muy largo
Su mensaje; pero es un poco duro
De espresiones, de oirse un poco amargo,
Y dificil de dar, os lo aseguro,
Para un soldado como yo sin arte
Retórico.

D. JUAN. —El preámbulo os estimo:
Mas cortemos inútiles coloquios:
Dádmele, capitan, sin circunloquios.

CAP.—Pues oidlo: me dijo vuestro primo
 Simple y sencillamente que os buscase,
 D. Juan, y donde quiera que os hallara
 Sin pararme á cruzar razon ni frase.
 Con vos, porque era inútil, que os matara.
 Esto al oir, por natural instinto
 D. Juan entre los dos alargó el trecho,
 Y aunque inerte la mano llevó al cinto.
 Del Inglés el intento era distinto,
 Y no hizo movimiento, mas estrecho
 Para hacer el espacio establecido
 Entre ambos por D. Juan, sino que al pecho
 Llevándose la mano tijo, erguido:
 hay gran trecho D. Juan del dicho al hecho.
 De vuestro primo os repetí la frase;
 Mas no temais que de palabra pase:
 Con que no os esquivéis: porque aunque estamos
 En medio de un camino,
 En tomarme hareis mal por asesino.
 Un caballero soy: llegad y hablemos.

D. J.—Me he apartado de vos porque el partido
 No es para ambos igual.

CAP.—Pues escuchadme
 Y vereis que soy hombre comedido,
 Caballero y leal.

D. J.—Disimuladme:
 Mas vuestra lealtad tiene aquí visos
 De una insigne traicion: venís armado,
 Y de mis movimientos con avisos
 Segun pienso seguros, embozado,
 Y sin duda á intencion muy bien montado,
 Cuando yo voy de viaje
 Descubierto, indefenso y descuidado.
 Ya veis que os hablo en términos precisos.

CAP.—Y yo, porque veais en cuanto aprecio

Vuestra persona y lealtad, que ultraja

No os quise hacer, pues de leal me precio,

Voy á cambiar al punto de language,

D. J.—Y hareis bien, Capitan; porque á fé mía

Que el que tuvisteis hasta aquí conmigo,

Un tanto fanfarron me parecia.

CAP.—Pues escuchad los cargos verdaderos

Que en nombre de D. Carlos vengo á haceros;

Y si os justificais, á Dios os juro,

Que atrás me vuelvo y continuais seguro.

¿Escuchasteis ó no la despedida

De D. Carlos y Rosa? ¿Habeis pedido

En Lisboa á una empresa establecida

Como vuestro un millon de que el Erario

Era cien años ha depositario?

¿Habeis puesto asechanzas á la vida

De D. Carlos, enviando un asesino

De Portugal con orden de matarle,

Y con disfraz de capitan marino?

¿Habeis enviado ó no á los tribunales

Ingleses de la India falsos datos,

Testigos falsos, y órdenes reales

Obtenidas por dolo ó por dinero

Contra Carlos Rosales?

¿Habeis sido leal á los contratos

Que teniais con él? ¿Le habeis artero

Con ocultos amaños,

Y traidores manejos ilegales,

Obstáculos opuesto personales

Para que no volviera á los tres años?

¿Habeis en fin tomado por esposa

Por medios espontáneos y leales

A vuestra prima Rosa,

Que de Carlos estaba á la venida

A casarse con él comprometida?

Responded si es ó no todo eso cierto:

Porque todo eso es lo que os imputa
Vuestro primo D. Carlos, loco ó muerto,
Segun vos y la prensa, allá en Calcuta.

D. J.—¡Segun la prensa y yo! ¡No es,
Que allá haya muerto? (pues, seguro)

CAP.— La cuestion no es esa:

Esclarecer vuestro pasado oscuro,

Justificaros es lo que interesa.

D. J.—¡Justificarme! Dios hasta ese paso

Puede solo arrastrarme: á Dios le diera

Cuentas no mas: á Dios... y en todo caso

A mi primo D. Carlos, si viviera.

CAP.—Os repito, D. Juan, que yo en su nombre

Vengo con su poder, con su ser mismo;

Que podeis responderme en este dia—

Cómo si ambos formáramos un hombre—

Solo; cómo si su alma fuera mia.

D. J.—No os quiero responder qué es de él primero

Sin saber, y si miente el mundo entero.

CAP.—Pues lo vais á saber. Allá existía

La herencia del doctor: mientras vivia

Allí, encontró D. Carlos su tesoro,

Y yo jiro con él por cuenta mia

Sumas enormes, porque nada en oro.

Dos años ha que yo vuestras acciones

Espío cautamente, y os arruino

En especulaciones

En las que os hice al fin perder el tino.

A mí es quien debeis vuestra pobreza

Y vuestro deshonor; y ahora vengo

A deciros, D. Juan, que soy quien tango

Que llevo sobre mí vuestras riquezas,

Los créditos y títulos legales

Del inmenso caudal de los Rosales.

Ahora bien; de D. Cárlos en el nombre,
 Os debo de matar, no de hombre á hombre
 Arriesgando mi vida en lid incierta,
 Sino de cualquier modo, á mano cierta,
 D. Juan, atravesándoos como á un perro
 Rabioso; pero aun voy la última puerta
 A abriros.

D. JUAN.— ¡Una puerta!

CAPITAN.— Sí, de hierro.

Apeaos, D. Juan: los dos á solas
 Estamos: esa ermita tiene un piso
 Embaldosado, igual, seguro y liso:
 Dos espadas he traído y dos pistolas:
 Que muera es uno de los dos preciso,
 Para salir los dos de compromiso.

D. J.—Vuestra proposición es de comedia.

CAP.—Aunque es caso en el día extraordinario

Es un juicio de Dios de la edad media.

Si os mato, de D. Cárlos la venganza

Cumplo: si me matais sois millonario,

Y os juro que nuestra ira á mas no alcanza.)

D. JUAN.—No quiero.

CAP.— No os halague la esperanza

De poderme ganar á temerario.

Batíos; ó fuerza es que, aunque me pese,

La espada por el cuerpo os atraviese.

D. JUAN.—No quiero.

CAP.— Voy á haceros una injuria

Que os escite la ira hasta la furia.

D. JUAN.—No.

CAP.—Tengo que ir á ver á vuestra esposa.

D. JUAN.—¿Para qué?

CAP.— Traigo cartas para Rosa.

D. JUAN.—Basta: dadme una espada.

CAP.— ¡Ola! Parece

Que os toqué ya, D. Juan, donde os escuece.

D. JUAN.—Vamos.

CAP.— Eso, D. Juan, ya es otra cosa:

Vamos: precisamente ya amanece.

El paso enderezaron á la ermita:

Ataron los caballos, y en el santo

Recinto abandonado, que no habita

Ya monge alguno, entraron: y entre tanto

Que su ropage cada cual se quita

Vió cada uno que el lugar es cuánto

Para negocio tal se necesita.

Parecia que estaba ya prevista

Su llegada: está el piso sin escombros

Y seguro. D. Juan fijó la vista

Sobre su misterioso antagonista.

Era alzado de pecho y ancho de hombros,

De cuello muscular; mas que mediana

Su estatura: una parte del semblante

Se cubre con la barba; lo restante

Con una media máscara italiana

Que D. Juan no habia visto hasta este instante

Porque era de color muy semejante

A la tez natural. Desnudo el pecho

Mostró, para hacer ver que no le encierra

Bajo defensa alguna, y puso en tierra

Una de sus espadas; lo cual hecho

Dió dos pasos atrás con hidalguía.

D. Juan permaneció de pié derecho

Mirando su antifaz con ironía,

Mas sin bajarse á recojer su acero.

CAP.—¿Qué os detiene?

D. JUAN.— La máscara. Yo quiero

Saber con quien me bato.

CAP. No se eluda

Por tan poco la lid. Ya está desnuda

Mi faz. ¿La conocéis?—Y mostró entero
 Su semblante á D. Juan, que dando un paso
 Miró aquel rostro pálido y severo
 Del naciente crepúsculo al escaso
 Albor.

D. JUAN.—No sé si sois el que primero
 Pensé: de vuestra faz severa y ruda
 Se me escapa el recuerdo por ligero.

CAP.—Pues en guardia: tal vez os preste ayuda
 La lid á la memoria; porque espero
 Que mi porte de que és no os deje duda
 El capitan Look-out un caballero.

D. JUAN.—No: vuestro porte vuestro honor escuda.

D. Juan tomó su espada: y fijamente
 Sin dejar de mirarle, en su terreno
 Pálido se plantó, pero sereno.

En su línea el inglés entró de frente
 Y se trabó el combate cautamente.

D. Juan tiraba bien: fué su maestro
 Oca, y no era colarde: mas es frío,
 Mientras no se ve sangre, un desafío

A florete. D. Juan intentó diestro
 Tantear á su enemigo: pero al punto
 Conoció que su duelo era un asunto
 Sério, y al capitan tiró derecho
 Tres estocadas rápidas al pecho.

El inglés las paró, no sin trabajo:

D. Juan entró en calor; mas, con estrema

Precaucion, empezó á tirar por bajo
 A la italiana. El capitan tiró con flema;

Mas siempre sobre sí, mientras ataja
 Sus ataques, le dijo: "Mal sistema,

D. Juan; es mala escuela, y os relaja
 La cintura: además un hombre noble

Por afán de vencer nunca se baja

Tanto."---D. Juan con una finta doble
 Se corrió del inglés sobre la espada
 Y le dió por respuesta una estocada.
 Pero apénas sintió que habia tocado
 D. Juan, dijo el Inglés: "No ha sido nada."
 Y entre las dos costillas sesta y quinta
 Le devolvió el inglés su doble finta.

Con un puntazo recibido y dado
 Es como en una lid se entra en materia,
 Y el duelo es desde entónces cosa seria.
 D. Juan comprendió bien que era preciso
 O morir ó matar: y aunque no quiso
 Ni un punto descansar por no enfriarse,
 Conoció que empezaba á fatigarse.

CAP.—Creo que os he tocado.

D. JUAN.— No fué cosa:
 Mas si como decís sois caballero
 No me canséis.

CAP.— No es eso lo que quiero.

D. JUAN.—¿Pues qué?

CAP.—Saber si amais á vuestra esposa.

D. JUAN.—¿Porqué?

CAP.— Vuestra pregunta es escusada:
 Porque Cárlos amaba mucho á Rosa.

D. J.—Pues bien; la amo: tomad esa estocada.

Y tiró al capitan una furiosa.

La estocada iba bien: mas fué parada.

D. Juan bajó el florete: iba perdiendo

Sangre: hijadeaba ya con anhelosa

Respiracion, y en la pared arrimo

Un momento buscó, siempre curiosa

Fijando en el inglés tenaz mirada.

El sol, que al horizonte fué subiendo,

Brillaba ya con luz esplendorosa:

El inglés, que tambien bajó su espada,

Con oculta intención siguió diciendo:

CAP.—¿Y Rosa os ama?

D. JUAN. Sí.

CAP.—¿Mas que á su primo?

D. JUAN.—Mas.

CAP.—¿De veras?

D. JUAN.— De veras.

CAP.— Ya comprendo

Porqué os batís tan bien.

D. JUAN. Y yo estoy viendo

Que me quereis matar como un villano.

Sois mas fuerte que yo: teneis mas mano,

Y me estais fatigando espresamente.

CAP.— No: pero viendo estoy que sois valiente;

Y si os ama en verdad, impulsos siento

De compasion por vos.—En tal momento

Don Juan con imprevisto movimiento

Sobre el inglés cayendo de repente,

Le tiró una estocada tan traidora,

Que á no haber hácia atrás andado listo

En saltar, era allí su última hora.

Mas volviendo á ponérsele de frente

Con desprecio le dijo: “¡Vive Cristo!

“Ya te iba á perdonar por amor suyo;

“Pero no la mereces por lo visto.

“¡Siempre has sido traidor! Fué vicio tuyo.”

De estas palabras al terrible acento,

Y del inglés á la feroz mirada,

Esclareció una idea el pensamiento

De D. Juan..... Mas no pudo decir nada:

Porque de revelarla en el momento

Le pasó el corazon una estocada.

III.

Era la tarde de aquel día: Rosa
Desde el balcon de su alto castillejo
Contemplaba la Vega tristemente
Ir cambiando de tintas al reflejo
Y reverberacion esplendorosa
De la trémula luz del Sol poniente.
Cuando traspuso el horizonte en sombra,
Tibia quedó la Vega granadina
Del castillejo al pié, como la alfombra
Verde, segun la ley, con flecos de oro
Que tiende el mufti ante el Kalifa moro
Cuando ora en la mezquita Tunecina.

Rosa en el punto mismo que sus ojos
Deslumbrados no fueron
Del sol traspuesto con los rayos rojos,
Tendió su melancólica mirada
Por la llanura verde,
Por la cual el camino de Granada
Bajo los frescos árboles se pierde;
Costumbre que conserva desde el tiempo
En que á esperar en el balcon salía
La vuelta de su amor, que no volvía.

Hoy, que ya á nadie espera, aquel paisaje
Animando alcanzó por el sendero
A ver adelantarse un caballero,
Cuyo caballo inglés, y cuyo traje
De montar, cuyo jockey y escudero
Desde luego le dan por extranjero;
Y segun el ginete va avanzando]

Mas va el que llega su atención llamando.
Un hombre todo nervios y tendones,
De hombros robustos y elevado pecho,
Cuello de atleta, hercúleo y derecho,
Vista audaz, varoniles proporciones:
Y como los que viven en naciones
Cálidas, de las que él sin duda vino,
Trae larga barba y el color cetrino.
Y hombre parece á los trabajos hecho
Del mundo, familiar con las acciones
De guerra, y con los riesgos del camino,
Que tuvo que arrostrar en las regiones
Que atravesar tal vez le hizo el destino;
Singular en el aire y las facciones:
Acaso militar, tal vez marino.
Rosa miraba absorta aquel gineta
Que de inglés y oriental aires estraños
Tiene, y se puso á calcular qué asunto
Le trae, ó qué deleite se promete
Al visitar un punto
Que no visita nadie hace diez años.
En tanto el caballero,
De estraña faz, pero gentil talante,
Por la cuesta adelante
Del castillo tomó por el sendero.
De su caballo á asir vino el rendaje
Su jockey, y apeóse ante el castillo:
Visita á recibir tan imprevista
Salió al punto Juan Diego de Astudillo,
El paje y confidente
De Don Juan. Deteniendo en él su vista
Solo un momento, pero fijamente,
Le alargó el estrangero gravemente
Su targeta, y se puso de su trajo
Y faz con su pañuelo de batista

El leve polvo á sacudir del viaje
 Al leer su targeta exclamó el page:
 ¡El capitan Look-out! ¡Dios nos asista!

Tomó Juan de Astudillo la escalera
 Para avisar á Rosa; mas aunque era
 Agil y mozo Juan, y aunque violento
 Subió precipitado á la carrera,
 Apareció trás él, en el momento
 De abrir de su señora el aposento,
 Del capitan inglés la faz severa.

IV.

ESCENA.

Al recibir del paje la tarjeta
 Rosa, y del capitan al leer el nombre,
 Trémula y sin accion, su vista inquieta
 Fijó Rosa en el rostro de aquel hombre
 Que estaba inmoble en la penumbra incierta
 En que la colgadura que decora
 Su dintel deja el cuadro de la puerta.
 A Rosa, en la inquietud que la devora,
 Momento tal le pareció una hora.

CAPITAN.—Creo que tengo el honor
 De encontrarme ante la esposa
 De Don Juan.

ROSA. —Sí, señor.

CAPITAN. —¡Rosa
 De Rosales!

ROSA. —Sí, señor.

CAPITAN.—Escusad; mas al intento

Que traigo importa no poco
Saber que no me equivoco
Por vos misma.

ROSA. —No.

CAPITAN. —Un momento

De plática reservada
Deseo tener con vos.

ROSA.—¿En nombre de quién?

CAPITAN. —De Dios,

Si estais á gusto casada.

ROSA.—¿Dios mio! Sí que lo estoy:

Pero ¿porqué lo dudais?

CAPITAN.—Si un instante me escuchais. . . .

ROSA.—Sí! Sí!

CAPITAN. —A decíroslo voy.

ROSA.—Salid, Juan Diego.

CAPITAN.—(Al paje) Y cerrad:

Mas si os quedais para oír
A la puerta os va á salir
Cara la curiosidad.

Mudo y mohino se alejó Astudillo,

Encajando la puerta en su pestillo.

CAPITAN.—Esa tarjeta al haceros

Pasar supuse, señora,
Que mi nombre antes de ahora
Conocido debe seros.

¿Me haceis la honra de decir
Si estoy ó no en la verdad?

ROSA.—No me hagais, por Dios, sufrir!

Hablad, capitán; hablad.

Hablad de él. ¿No erais su amigo?

CAPITAN.—¿Lo sabeis?

ROSA. —Su historia cruel

He leído en un papel

Que llevo siempre conmigo.

Rosa mostró el periódico en que estaba

La relacion fatal, y que consigo

Desde que vino á su poder llevaba,

Dando en el seno en que su amor moraba

A aquel recuerdo material abrigo.

CAPITAN.—Entonces lo sabeis todo.

ROSA.—Todo.

CAPITAN. —¡Y os habeis casado!

ROSA.—Ya me lo habeis preguntado

Dos veces. Sí.

CAPITAN. —De ese modo

Tomad.

ROSA. —¡Que me decis?

CAPITAN. La cruz

Que hice de traeros promesa:

Aunque hay ya muy poca luz

Servíos mirar si es esa.

Rosa del lado del balcon volviéndose

Dijo al mirarsu cruz enterneciéndose:

ROSA.—Esta es.

CAPITAN. —Tomad tambien

Estas cartas: son las solas

Que á través de azares y olas

Le llegaron: vedlas bien.

ROSA.—Sí, sí: son mías.

CAPITAN. Tal es,

Señora, la comision

Que me ofrece la ocasion

De ponerme á vuestros piés,

Y que yo he cumplido: ahora

Antes de irme del castillo

Servíos darme, señora,

Su última carta y su anillo.

ROSA.—Su anillo quereis?

CAPITAN.— ¡No os dí
Su cruz!

ROSA.— Sí: mas ¡para qué
Su anillo!

CAPITAN.— Para que aquí
No haya prendas de su fé,
Que rescatar prometí.

ROSA.— Dios mio! Me estais haciendo
Rodar dentro de un abismo.

CAPITAN.— Permitidme que lo mismo
Os diga yo. No comprendo
Cómo vacilais en darme
Unas prendas que no son
Para vuestro corazon
Caras.

ROSA.— ¡Quereis insultarme!

CAPITAN.— ¡Pues aun amor le teneis!

ROSA.— Vuestra pregunta es osada
Para una mujer casada.

CAPITAN.— ¡Lo veis, señora! ¡Lo veis!
Tenemos que ir á parar
A lo mismo siempre.

ROSA.— ¡A qué!

CAPITAN.— A que si aun le guardais fé
¡Cómo os pudisteis casar!

ROSA.— Si una esperanza me hubiera
Quedado, no me casara:
En su ira se condenara
Mi padre si á su postrera
Voluntad me hubiese opuesto.

CAPITAN.— Pero mi mente no alcanza
Cómo tener esperanza
No podiais.

ROSA.— ¡Cómo?

CAPITAN.— ¡Y esto!

¡Y esta cruz? ¡No os dijo él
Que si esta cruz no os traian
En cuanto hablaran mentian?

ROSA.—¿Luego miente este papel?

CAPITAN.—No: todo en él es verdad
En cuanto á los hechos: pero
Ya veis que el relato entero
No está: falta la mitad
De la historia: lo que allí
Pasaba era consecuencia
De lo que vil en su ausencia
Fraguaba D. Juan aquí.

ROSA.—¡Dios mio!

CAPITAN.— La Compañía
Portuguesa, el capital
Del Doctor, en Portugal
Y en las Indias existia.
Pero Don Juan que escuchó
Sin duda su despedida
Con vos, desde su partida
Por perderle maquinó.
Y como en sus relaciones
Y negocios comerciales
Tenia corresponsales
En las Indicas regiones,
Cuando él llegó ya tendida
Tenia una red traidora
Donde pié á pié y hora á hora
Se enredó su honra y su vida.

ROSA.—¡Ay desventurado de él!

CAPITAN.—Su desventura causó
Don Juan, y eso es lo que nó
Os dijo vuestro papel;
Porque él mismo le escribió.

ROSA.—¡El!

CAPITAN.—De su traicion infiel
 Y de su venganza cruel
 Pruebas hay que tengo yo.
 Pues, de paso, en Portugal,
 En Inglaterra y España,
 Compré de esa historia estraña
 El escrito original.
 Qué! ¿Vos no sabiais eso?

ROSA.—¿Cómo saberlo? ¡Ay de mí!
 Yo lloraba aislada aquí,
 De mi afan en el esceso
 Esperando sin cesar:
 Su muerte supe tan solo;
 Mas no la infamia y el dolo
 Que la llegó á ocasionar.

CAPITAN.—Mas si no os pudo ocurrir
 Eso, á Don Juan conociendo,
 Como os pudo no comprendo
 El al altar conducir.
 Cárlos jamás ha podido
 Persuadirselo.

ROSA.— ¿El lo supo?

CAPITAN.—Tal desventura le cupo.

ROSA.— ¡Infeliz!

CAPITAN.—Sí que lo ha sido.

Figuráosle cercado
 De calumniadores viles,
 Prendido por alguaciles,
 Ir de juzgado en juzgado,
 Befado y escarnecido
 Como infame petardista
 Y estafador á la vista
 De un pueblo desconocido.
 Figuráosle marchando
 Solo y pobre por parajes

Insalubres y salvajes,
Con fé tenaz indagando
Los rastros de la presencia
De un hombre caritativo,
Que hacía que no era vivo
Siglo y medio. La influencia
Calculad que ejercería
Sobre su espíritu fiero
Verse como un pordiosero
Visionario cada día
Despreciado por do quiera,
Por do quiera amenazado,
Despedido y rechazado
Por la sociedad entera.
Figuráosle en la plaza
Pública, á fuerza, avenirse
Con un pirata á batirse;
Pues para todo eso traza
Se dieron, y el Capitan
Portugués solo era en fin
Un pirata espadachin
Que envió contra él D. Juan.
Figuráosle metido
Por loco en un hospital,
Siendo ya rico, y cumplido
Estando el plazo fatal;
Figuráosle, señora,
Lanzándose despechado
Al agua, buscando á nado
Una cueva protectora.
Figuráosle perdido
Por los bosques, solo, hambriento,
Escuálido, y macilento
Como un cadáver huido
Del sepulcro; de manera

Que para la misma gente
Que le amó y le odió igualmente
Desconocido al fin era.
Figuráosle hasta á Dios
Olvidando en su delirio,
Y aquel horrendo martirio
Sufriendo con fé por vos
¡Y para qué? ¡Para ver
Que por colmo de sus males
Del mas vil de los Rosales
Os hicisteis la mujer!
Teneis, señora, razon
Para humillaros confusa:
Porque no teneis excusa
De haber vuestro corazon
Entregado á su enemigo.
Mas olvidásteis, señora,
Que todo tiene á su hora
En la tierra su castigo.
Yo encomiendo al porvenir
Y á Dios el vuestro: tomad:
Esos tesoros guardad:
Vos debeis rica vivir:
Gozad los ricos caudales
De vuestra familia entera:
Ya sois la única heredera
Del caudal de los Rosales.
Pudo en un dia fatal
Vuestro abandono saber;
Mas con vos no pudo ser
Avaro, ni desleal:
Tal es su voto postrero:
Si la vuestra le faltó,
El su palabra cumplió
Como amante y caballero.

Yo de D. Carlos en nombre
 He cumplido ya con vos:
 Solo en presencia de Dios
 Volvereis á ver á ese hombre.
 Mas si por casualidad
 Encontrais su sepultura,
 Ponedle por escritura
 La palabra "LEALTAD;"
 Y añadid, para que de él
 Quede una justa memoria,
 Este final á su historia
 Escrita en vuestro papel.
 Ahora entregadme el anillo
 De D. Carlos, y su carta
 De despedida: que parta
 Es forzoso del castillo.

Rosa.—Partid pues, porque ha de ser
 Sin recoger esas prendas
 Que de su amor son ofrendas,
 Que debo sola tener.
 Porque estais en un error
 Si creéis que of confusa
 Porque no tiene una escusa
 Leal que daros mi amor.
 Jamás creí, á la verdad,
 Tener que dárosla á vos,
 Sino solo á él y á Dios
 Un dia en la eternidad.
 Mas vereis que en suponer
 Haceis, Capitan, muy mal
 Tan villana y desleal
 El alma de la mujer.
 Yo hice mal en no mirar
 Vuestra historia á mejor luz,
 Y en no esperar esta cruz

Antes de ir al altar.
 Pero mi padre al morir
 Hizo de mi triste union
 Prenda de su salvacion,
 Y no pude resistir.

CAR.—Cárlos en su amor insano,
 Con fé leal y alma fiera
 Dejado morir hubiera
 A todo el género humano.

ROSA.—Yo discurrí obrar mejor:
 Porque su alma salvé
 Y en la mía conservé
 Puro, incólume, mi amor.
 Comprended bien, Capitan,
 El misterio de mi suerte.
 Yo me casé con la muerte:
 No me casé con D. Juan.
 De mi casa era un secreto
 Que debía de quedar
 En nuestra alma hasta espirar
 A hondo misterio sujeto:
 Mas pues lo quereis saber,
 En mi union matrimonial
 No hay tálamo conyugal:
 No hay marido, ni hay mujer.
 D. Juan ser baron quería:
 El título amaba en mí:
 Yo lo que amaba le dí,
 Que es no más mi baronía.
 Ecsiste en mí mi pasión
 Unica, pura, esclusiva:
 Dios tendrá, mientras que viva,
 La fé de mi corazon;
 Pero ese otro amor terreno
 Que da al hombre la mujer

Es de Cárlos: no hay poder
Que le arranque de mi seno.

CAR.—Dásele, alma mía, pues.

ROSA.—¡Dios Santo! Yo desvarío....
Yo deliro....

CAR.— No, bien mio:
D. Cárlos está á tus piés.

ROSA.—¡Desventurada de mí!
¡Luces! ¡Luces! Quiero verte.
¡Luces!.... Antes de mi muerto
Quiero saber que te ví.
¡Luz!.... Abre.... pero no: espera;
Que no entre nadie; aquí hay fuego.
Toma: enciende luces luego
Para verte antes que muera.

CAR.—Ya hay luz. Rosa, mírame.

ROSA.—¡El... y no poder ser suya!

CAR.—No hay quien tal dicha destruya.

ROSA.—¡Y D. Juan?

CAR.— Yo le maté.

ROSA.—¡Santos del Cielo!

CAR.— Decía
Que le amabas, y por poco
No le perdono.

ROSA.— Mentía:
Pero no puedo tampoco
Ser tuya jamás.

CAR.— ¿Porqué?

ROSA.—Porque tu fin dí por cierto,
Y.... no me he casado... he muerto.

CAR.—¡Muerto!

ROSA.— A Dios me consagré.
Mira el hábito que visto:
Ve de Roma la dispensa:
Ser tuya hacer una ofensa

Es, no á D. Juan, sino á Cristo.

D. Carlos quedó atónito un instante

A tal revelacion: tendió la vista

En rededor de sí, y notó espantado

Lo que hasta el punto tal visto no había.

La habitacion de Rosa era una celda.

Su vestido era un hábito, y encima

De un altar que hay del cuarto en un testero

Se alza la imágen de Jesus divino.

D. Carlos quedó ante esto anonadado.

Mas pasó aquel momento de atonía

Mental, y su carácter violento

Se reveló en un ímpetu de ira.

CAR.—¡Condenacion! Ese voto

No es válido.

ROSA.— Si á Dios temes,

Respétale, y no blasfemes:

Dios es quien el nuestro ha roto.

Su justicia y su poder

Reconoce . . . Trás la muerte

Que has hecho tú, ¡nuestra suerte

Podia dichosa ser?

Tintas tus manos están

En la sangre de su pecho.

Dormiría en nuestro lecho

El espectro de D. Juan.

Lo mismo la vil traicion

Que el mas disculpable crimen,

Cárlos mio, no se escimen

Jamás de una espiacion.

CAR.—¡Mi crimen, Rosa, no espía

Toda mi amarga existencia?

¡Quién hizo una penitencia

Mas terrible que la mía!

ROSA.—Dios es justo!

CAR.— ¿Y así preñia
Mis siete años de batalla
Conmigo mismo?

ROSA.— No! Calla!
No digas esa blasfemia.
Calla.—De mi amor en pos
Fuiste á la India, y allí
Por acordarte de mí
Te has olvidado de Dios.
Tú me dijiste al partir:
Si del martirio la palma
Nos toca, guárdame el alma
Hasta despues de morir.

Yo porque las de los dos
Uniera una eterna suerte,
Creyendo cierta tu muerte,
Confié la mia á Dios.

En mi ser nada hay carnal:
Mi pasion es infinita,
Y de tí no necesita
Mas que tu alma inmortal.

CAR.—No: no me puedo avenir
Con tan imprevista suerte.
Perderte! . . . vivir sin verte.
Y léjos de tí morir!
Imposible!

ROSA.— Y arrostrabas
Tal porvenir, temerario,
Cuando mi amor voluntario
Para tu primo juzgabas!
¿Tu pasion es, Cárlos mio,
Tan sórdida, tan terrena,
Tan material. . . . que la pena
De perderla te hace impío?

Fermentaba la vieja levadura
 Del pecado de Adan en las entrañas
 De Cárlos: revolvió la criatura
 El limo vil de su materia impura
 Y le inspiró Satán dudas estrañas.

Todo el idealismo y poesía,
 Toda la ecsaltacion santa y sublime
 Que su pasion cuando partió tenia,
 En desesperacion carnal é impía
 Cambió el pesar que el corazon le oprime.

Apoderóse de él por un momento
 Un mundano é injusto pensamiento:
 Y aquel mártir leal de un amor santo
 De la virtud desconoció el encanto;
 Del vicio tentador se hizo instrumento.

CAR.—Mi corazon es de tierra,

Rosa: el amor de mi pecho
 Del mismo limo está hecho
 Que el ser de todo hombre encierra

Dios millones de mujeres
 Creó; pero para mí
 No ha creado mas que á tí:
 Mi ser, mi esperanza eres.

Trás siete años de luchar
 Traerme á esta conclusion,
 Es como decir que son
 Muchos años de esperar.

Y renegar hoy del mundo
 Cuando yo al mundo volví,
 Mas es renegar de mí
 Que de él. Si tu amor profundo
 Es como el mio, en conciencia
 Verás que si fué tu voto
 Por mi muerte, queda roto

Con mi vida y mi presencia.

Yo no he peleado mas
Que por tu amor, y á él fiel
Pactado hubiera por él
Con el mismo Satanás.
Dios, ó el diablo, entre los dos
Se puso: pero es el hecho
Que todo queda deshecho
Entre nosotros. Adios.

Cárlos sus pasos dirigió á la puerta:
Venció el génio del mal por un instante:
Triunfó el amor del corazon amante,
Y entre su Dios y su pasion incierta
Dijo ella, dando un paso hácia adelante:

ROSA.—Éspera: puesto que á ser
Vienes mi condenacion,
Vas á ver el corazon
Con que nace la mujer.
Si lo que quieres de mí
No son mas que viles placeres,
Ven: cometeré si quieres
Un sacrilegio por tí.
Tienta mi debilidad;
Insiste y nos condenamos:
Mas al amor renunciamos
De toda la eternidad.

Dió la infeliz á su postrera frase
Tal inflecion, tan despechado acento,
Que antes que sus palabras acabase,
Hizo Dios que Don Cárlos se espantase
Al sondar tan terrible pensamiento.
No podia vencer en almas tales

El vicio á la virtud: Dios no podía
Abandonar sus almas inmortales.
Sintió la voz de Dios Cárlos Rosales,
Y el diabólico ser que les había
Tentado huyó á los antros infernales.
Cárlos, llenos de lágrimas los ojos,
Dijo, cayendo ante el altar de hinojos:

“Señor, su idea comprendo;

Su fé y su virtud admiro:

Veo con mi amor horrendo

Que condenarla pretendo,

Y que contra tí conspiro.

Comprendo ¡oh Dios soberano!

Que en mi terrena pasion

Olvidé que era cristiano;

Mas que me ofrece tu mano

Un medio de espiacion.

Tú sabes que el sentimiento

Que por ella concebí,

Hasta mi último momento

En mi ser tendrá alimento:

Mas á él renuncio por tí.

Acepta, Señor, propicio

De mi mortal corazon

Este inmenso sacrificio:

Mas ten de mí compasion

Cuando me llames á juicio:

Te cedo en la tierra el ser

Que fué mi felicidad:

Mas yo pido á tu poder

Que el alma de esta mujer

Me vuelva en la eternidad.”

Cárlos se puso en pié: pálido, mudo,
 Trémulo, á Rosa contempló un momento.
 ¡Grande era el sacrificio, el trance rudo!
 Rosa en él se sentía sin aliento.
 Su llanto al cabo contener no pudo,
 De Cárlos penetrando el sentimiento;
 Y hecho de pena el corazón pedazos,
 Por la postrera vez le abrió los brazos.

Con este abrazo último se dieron
 En su vida mortal su despedida;
 Y en este último abrazo se dijeron
 Las últimas palabras de su vida.

CAR.—Adios, Rosa: de esta edad
 No es nuestro amor.

ROSA.— Dios lo quiso
 Para sí.

CARLOS.— A su voluntad
 Someteros es preciso.

ROSA.—Cárlos, hasta el paraíso!

CARLOS.—Rosa, hasta la eternidad.

V.

Resoluciones tales son asunto
 De ejecutarse pronto. Sin volverse
 A mirar separáronse, y al punto
 Volvió en marcha Don Cárlos á ponerse.
 Volvió el valle á cruzar á paso lento.
 La loma al trasponer del montecillo
 Último desde el cual se ve el castillo,

A contemplarle se paró un momento.
 Alumbraba el balcon del aposento
 De Rosa de una luz el débil brillo.
 ¡Estaba Rosa allí? No lo veía.
 Tal vez hacía él desde el balcon miraba:
 Tal vez su último adios tambien le enviaba
 Cuando á mirarla Cárlos se volvía.
 Pero si Rosa en el balcon estaba,
 Su forma en la distancia se perdía.
 Si este último favor á su amor cupo
 Ya ni lo vió Don Cárlos, ni lo supo.

EPILOGO.

Hoy, tras pesadumbre tanta,
Vive en Lima capuchino
Cárlos, en perpétua lid
Con su amor y su destino
Tal vez. Rosa es monja en Santa
Clara de Valladolid.

Y entre la gente mundana
Se ilaman ya primo y prima,
De hoy para la eternidad,
El padre Cárlos de Lima
Don Cárlos, y ella la hermana
Rosa de la Soledad.

Y es preciso convenir
En que Dios á la mujer
Ha creado para ser
Desdichada hasta morir;
Pero es fuerza confesar
Que tan solo la mujer
Es el ser que sabe amar,
Y el que tiene mas poder
Por su amor para luchar,
Y su amor para vencer.

JOSE ZORRILLA.

Habana, marzo 6 de 1859.

EMBRUDO

El presente documento es un
certificado de nacimiento
emitido en la ciudad de
Havana, a los 15 dias del mes
de Mayo de 1915.
El niño se llama
Juan de Dios
y es hijo legítimo
de don Juan de Dios
y doña María de los Angeles.
Nació en la ciudad de
Havana, a las 10 horas
de la mañana del día
15 de Mayo de 1915.
Fue bautizado en la
Iglesia de San Juan de
los Rios, a las 12 horas
del día 15 de Mayo de
1915.
El padrino es don Juan
de Dios y la madrina
doña María de los Angeles.
Fue registrado en el
Registro Civil de la
ciudad de Havana, a las
12 horas del día 15 de
Mayo de 1915.
Fue inscrito en el
Registro Civil de la
ciudad de Havana, a las
12 horas del día 15 de
Mayo de 1915.
Fue inscrito en el
Registro Civil de la
ciudad de Havana, a las
12 horas del día 15 de
Mayo de 1915.



Havana, a los 15 dias del mes de Mayo de 1915.







JOSE ZORRILLA

DOS ROSAS
Y DOS ROSALES

H. L.